

## **Lo que faltaba; el factor político enredando la economía <sup>1</sup>**

**Jorge Vasconcelos**

[jvasconcelos@ieral.org](mailto:jvasconcelos@ieral.org)

El ciclo económico ya tiene desarrollo complejo en la Argentina como para que ahora, con los últimos acontecimientos, haya hecho irrupción el factor político. Aunque el conflicto de camioneros se desinfló luego del acuerdo con las empresas del sector, la sobreactuación de todas las partes involucradas refleja un mar de fondo que difícilmente puede calmarse por el paso del tiempo. Pudo verse, además, como las urgencias fiscales del Ejecutivo traban opciones vinculadas con la reducción de la presión tributaria sobre los asalariados y/o la ampliación del universo de hogares que reciben las asignaciones familiares. Recursos escasos que establecen un común denominador con los roces cada vez más intensos entre la nación, las provincias y los municipios. Hasta aquí ha sido útil para el seguimiento de la coyuntura comparar 2012 con lo ocurrido durante la crisis de 2008/09. A partir de ahora, muy probablemente, esas analogías habrán de trasladarse al plano político. Bajo las actuales condiciones de la economía, esto puede implicar tener que convivir con una dosis preocupante de incertidumbre. Hay que tener en cuenta que indicadores correlacionados con la valoración de la gestión oficial, como el Índice de Confianza del Consumidor –medido por la Di Tella– han caído al nivel que, tres años atrás, abriera espacio a las llamadas “candidaturas testimoniales”. Sin embargo, la política cambiaria, que hasta ahora había diferenciado nítidamente a 2012 de 2009, podría estar en ciernes de un giro significativo.

---

<sup>1</sup> Nota publicada en el diario La Voz del Interior del 24 de junio de 2012



Pese al precio internacional de la soja a 530 dólares la tonelada, la economía argentina se encuentra frente a la necesidad de un ajuste y la mayor parte de los conflictos puede verse como una pulseada entre los distintos “candidatos” a cargar la tarea sobre sus espaldas. Las presiones inflacionarias, que arrancaron en 2007 de acuerdo a las mediciones provinciales, ya reflejaban desequilibrios macroeconómicos, pero éstos pudieron ser empujados hacia delante por el hecho que, simultáneamente, el frente externo podía manejarse con holgura. Ayudaron en ese sentido los buenos precios internacionales y el “colchón cambiario” generado por la megadevaluación de 2002.

El gobierno comenzó a dar señales de estar preocupado por ambos frentes desde mediados de 2011. La pauta salarial que intentó impulsar para 2012, en torno a 18 % anual, era una forma de reconocer los problemas, buscando evitar tanto una espiralización de la inflación como pérdidas adicionales de competitividad. Pero a esa intuición le faltó compromiso, ya que el gobierno debería haber anunciado pautas estrictas para el gasto público. En cambio, hubo un tímido avance con el tema subsidios, pese a que las tarifas de servicios públicos (transporte en Capital Federal, gas y electricidad) que hoy se aplican cubren apenas entre un quinto y una décima parte de los costos. La falta de logros en este plano hizo que el déficit fiscal consolidado de nación y provincias se acerque este año a 4 % del PIB, récord del período post-convertibilidad, incluyendo el pago de intereses y sin computar Anses ni Banco Central. Como el financiamiento de parte de ese desequilibrio se realiza a través de la emisión monetaria, la conexión entre rojo y fiscal y expectativas de inflación es inevitable.

Del lado externo, luego de ocho meses de controles cambiarios, se tiene un balance bastante crudo: las reservas del Banco Central no crecen, e incluso han descendido, al tiempo que se acumulan compras postergadas de divisas por cifras que son difíciles de calcular pero seguramente involucran miles de millones de dólares. Dada la magnitud de esa “demanda insatisfecha”, parece muy improbable que el gobierno pueda adoptar medidas que hagan retroceder la paridad no oficial. Pero si parece cada vez más probable



que se verifique un giro en la política para el segmento oficial. Si bien no podrá achicarse la brecha cambiaria, es posible que a partir de ahora se busque evitar su ampliación, acelerando el ritmo de las minidevaluaciones. Puede especularse con un nuevo objetivo, con una paridad oficial evolucionando más cerca de los costos en pesos de las empresas, de modo de evitar pérdidas adicionales de competitividad.

Varios factores convergen en esta dirección. Primero, se están cerrando las negociaciones salariales más determinantes del mundo gremial. Segundo, el enfriamiento de la economía ha aplacado el ritmo de la inflación, por lo menos para los últimos 45 días. En ese contexto, puede preverse un traslado a precios más contenido de un eventual mayor ritmo devaluatorio. Tercero, es posible que las autoridades se estén convenciendo que la devaluación reciente de monedas como el real brasileño no tendrá reversión en lo inmediato.

Seguir atrasando el tipo de cambio oficial puede tener costos crecientes en términos económicos sin ninguna ventaja comprobable: temporalmente, el ancla antiinflacionaria la aporta la débil demanda agregada.

Hasta principios de 2011, podía justificarse la sostenida apreciación del peso en el hecho que los términos de intercambio externo mejoraban sostenidamente a favor de la Argentina. Pero en el último año y medio ese fenómeno se revirtió. No en gran magnitud, pero sí en el orden del 5 %. El tema es que, ignorando el nuevo contexto internacional, el peso siguió apreciándose a un ritmo superior al 10 % anual contra la canasta de monedas de los principales socios comerciales, es decir no sólo el dólar sino también el euro, el yuan, el peso chileno y el real brasileño. En materia de costos laborales industriales, el desfase actual con Brasil es del orden del 25 % (más caros en dólares del lado argentino).

En caso que este giro ocurra, ¿Cómo habrá de incidir en el complejo cuadro descrito más arriba? No será suficiente para una reconciliación, pero muy probablemente quitará



argumentos rupturistas a aquellos dirigentes políticos con mayor anclaje en las actividades productivas del campo y de la industria.